



# TESTIGO: PE

La trágica desaparición de los principales testigos, que acaso podrían testimoniar las relaciones existentes entre «Tigre Lil» y el «Gran Golpe» de Pottsville, han venido a dificultar la tarea de la acusación. He aquí cómo quedó el coche de Blaney después de la explosión de una carga de dinamita.

El robo de medio millón de dólares, perpetrado en 1959 en el sótano de un chalet de Pottsville, en Pennsylvania, ha dado lugar a un caso desconcertante. Lillian Reis, más conocida por «Tigre Lil», compareció ante un tribunal acusada de haber planeado la operación, pero el jurado no pudo, por falta de pruebas, llegar a un veredicto. Lillian quedó en libertad bajo fianza. Pero las investigaciones de un policía, el capitán Ferguson, prosiguieron, y «Tigre Lil» será, ahora, juzgada de nuevo. En la primera vista, celebrada hace dos años, y aunque los testimonios aportados parecían concluyentes, no pudo ser probada la relación, con respecto al robo, entre Lillian y los cómplices y confesos participantes en el mismo. La desaparición dramática de varios testigos dificultó aún más la tarea de la acusación.

Alfred G. Aronowitz, que ha estudiado a fondo el caso, nos relata, en esta segunda parte del reportaje, sus complicadas particularidades, a la vez que nos da cuenta de su diálogo con esta singular mujer conocida por «Tigre Lil».

**E**MPECINADO en el caso, dispuesto a obtener su definitiva clarificación, el capitán Ferguson está tropezando con serias dificultades y es probable que haya de vérselas con barreras en apariencia insuperables. Poco después de perder a Poulson como testigo —les recordaremos que fue atacado en Nueva Jersey por unos desconocidos que lo dejaron malherido, lo que ha determinado su voluntario y recalcitrante silencio—, Ferguson se encontró al poco tiempo con que tampoco podría contar con Vincent Blaney, otro de los encartados.

El 3 de agosto de 1960 Vincent salía de su casa. No volvería más a ella. Dos hombres que se hallaban pescando frente a Atlantic City en una lancha a motor, hicieron, veinte días después, un macabro descubrimiento: los restos de Blaney, medio comidos por los cangrejos. Había recibido un tiro en la nuca y habían atado a su cadáver una pesa de veinte kilos y una cadena de dos metros, arrojándole después al mar. Por otro lado, su hermano Richie, saltó hecho pedazos, con su coche, tras haberse producido en éste una explosión de dinamita.

Para Ferguson, la «banda cobarde» de Staino,

Berkery y Lillian Reis, era la responsable de aquellos crímenes.

Y en septiembre de 1961, Lillian compareció ante el tribunal, en Pottsville, la capital de la región carbonífera de Pennsylvania, escenario del robo del medio millón de dólares.

## sólo la miraban a ella

La serenidad de Lillian causó general asombro. La víspera del juicio asistió a un combate de Joey Giardello, celebrado en Filadelfia. A la mañana siguiente no madrugó: llegó a la audiencia donde tendría lugar la vista con cincuenta minutos de retraso.

—Lo siento —se excusó—. Me he perdido.

El juicio duró varios días. Cada mañana, Lillian aparecía con un vestido diferente. De los seis hombres que integraban el jurado, sólo uno votó contra ella.

—Esos jurados —decía Lillian a todo el que quería oírlo— me dan pena. Fíjense ustedes en que no escuchan a los testigos; sólo me miran a mí. Saben cómo es mi peinado. **SIGUE**



## SOLO UN HOMBRE DEL JURADO VOTO CONTRA LA MUJER QUE

"ME LLAMAN TIGRE LIL" ★

Y II

# LIGRO DE MUERTE



PLANO EL ROBO DE LOS TREINTA MILLONES DE PESETAS



En el juicio que se celebró en Pottsville, la serenidad de Lillian causó general asombro. El día anterior había asistido a una velada de boxeo. Llegó a la audiencia con un retraso de cincuenta minutos. A partir de entonces se convirtió en el centro de la atención de toda la sala. En la foto la vemos con el capitán Ferguson.

el modelo que llevo..., pero del caso no han escuchado una palabra. Por eso no comprenden que Miller me haya dado dinero suficiente para comprar tres veces el «Celebrity Room» y que no haya tenido necesidad de robar los dólares que me ha costado.

### débiles pruebas contra lil

Las pruebas contra Lillian eran, en realidad, de muy poco peso. Muertos los hermanos Blaney

y silenciado Poulson, ¿quién podría declarar contra ella, exponiendo claramente su participación en el planeamiento del robo? Solamente Bing Miller podía tener conocimiento directo de la intervención de Lil.

Problema fundamental para el tribunal: averiguar donde, cuándo o quién había entregado el dinero a Lillian Reis. Cada participante en la operación había recogido su dinero y se había marchado. El resto había quedado en casa de Staino. ¿Cómo había ido a parar a manos de Lillian? No se sabía.

Y como no se sabía, el fiscal intentó demostrar que «Tigre Lil» había comenzado a realizar una gran ostentación de riqueza a partir de la comisión del robo. Estaba, por ejemplo, la compra del «Celebrity Room». ¿Cómo se había arreglado Lillian para adquirir el local, si nunca había tenido ni un centavo?

¿Era cierto que había contado con la ayuda de Miller?

### los recursos de la defensa

Como Lillian había decidido no defenderse por sí misma, sus abogados llamaron a Michel Corabi —su primer esposo, todavía unido a ella legalmente—. Este retrocedió en el tiempo hasta 1958 para explicar ciertas cosas que, según él, habían ocurrido entonces.

—En septiembre de aquel año —declaró Corabi— estaba viendo tranquilamente la televisión, cuando mi mujer bajó al sótano y subió con una sombrerera. Luego me pidió que le ayudara a contar el dinero que allí tenía guardado. Me quedé sorprendido: había 29.950 dólares.

Esto fue lo que dijo Corabi. Luego la defensa solicitó la presencia de Sidney Reiskin, padrastro de Lillian, un joyero de cincuenta y cuatro años, muy vehemente en sus intervenciones. Reiskin declaró que había pedido prestados 15.000 dólares, con el fin de invertirlos en la compra del «Celebrity». A la hora de devolverlos comentó con Lil que no podría hacerlo. Ella le dijo que bajara a su sótano y que allí encontraría una vieja maleta que contenía los ahorros que había venido reuniendo a lo largo de toda su vida. Efectivamente —según dijo— había en el sótano una maleta con dinero. De ella había extraído lo que necesitaba sin preocuparse de contar el resto.

El fiscal no estaba muy convencido de esta historia de los ahorros de Lillian, lo que provocó la indignación de la mujer.

—¿Por qué no se quiere creer que he conseguido ahorrar veintinueve mil dólares? —gritó—. Sin embargo, todo el mundo cree que un individuo como John Rich —la víctima del robo— había logrado ahorrar medio millón de dólares. Yo siempre he sido muy ahorradora. Me había propuesto un fin: comprar el club.

### miller le lleva la contraria

Las declaraciones de Miller —básicas para la acusación— se contradijeron con el supuesto culto al ahorro practicado por Lil.

—Siempre hablábamos de dinero —dijo Miller ante el tribunal—. Era su tema de conversación preferido. Tenía dificultades y no disponía de mucho. Siempre me lo repetía. Yo le daba doscientos dólares semanales, para los gastos de la casa, cincuenta para la sirvienta, y cien mensuales para la renta de un piso en que nos veíamos

todos los miércoles, durante un par de horas. Recuerdo perfectamente que al día siguiente de cometido el robo, me llamó por teléfono para decirme que los muchachos habían estado en casa de Rich y que tenía para mí 96.000 dólares.

¿Decía Miller la verdad? Según su declaración, después de haberle informado del «golpe», Lillian había añadido:

—Le he dado a mi padrastro un paquete para tí. Cuando vayas a Nueva York pásate por su joyería y te lo entregará.

Pero la versión que Lillian presenta de sus relaciones con Miller es bastante distinta. Por supuesto, niega rotundamente esta conversación telefónica, y gran parte del resto de la confesión de su amante. Lil, hizo ante el tribunal un fuerte alegato contra Miller.

—No me creerán ustedes, pero lo que este hombre quería era que se hablara de él como amante mío. El piso a que él se ha referido era propiedad de una amiga mía y cuando nos veíamos allí, esta amiga se hallaba siempre delante. De lo contrario, yo nunca hubiera ido. Mi esposo Corabi, conocía estas relaciones; de ahí el profundo respeto que siento hacia mí, y esa es también una de las razones por las que yo también le respeto y todavía le admiro. Nada se ha descubierto en el juicio que mi esposo no conociera ya.

### una vida difícil

No hubo, pues, pruebas suficientes para pronunciar un veredicto en el juicio contra Lillian Reis. Y así están ahora las cosas, cuando se prepara una nueva vista, y el capitán Ferguson acumula apresuradamente nuevas pruebas.

Por eso he querido visitar a la «temible» Lillian, el «Tigre Lil» de la leyenda. Y charlo con ella mientras busca por todas partes la moneda de cobre de 1943 que vale tantos miles de dólares.

Con un vaso de whisky en la mano, Lillian me refiere con todo detalle el juicio que no pudo condenarla. Y con su voz ronca y desafinada rememora para mí toda su vida: una vida difícil, compleja, dramática...

«Mi vida ha sido un intento constante de escapar a la necesidad...», me dice, tras de saborear un buen trago de «scotch». Y me relata sus primeros tiempos.

Su familia siempre satisfizo todos sus caprichos. Su madre era húngara, de Budapest. De su padre recuerda su aire de conquistador, detrás del mostrador de su lechería. Ambos terminaron separándose. Lil se había instalado con su madre en Nueva York, en uno de los barrios más miserables del East Side.

A los trece años, Lil abandonaba los estudios para convertirse en corista. Un agente le consiguió un contrato para participar durante seis semanas en un espectáculo de Miami Beach.

Cuando Lil llegó a Florida, lo primero que vio fueron estolas de visón, pulseras de diamantes, trajes de baño con adornos de oro, y otros regalos

análogos que sus compañeras del conjunto recibían de manos de sus amigos ocasionales.

Allí aprendió a no rechazar el dinero, a unirse a los grupos de jueguistas, lo mismo que el resto de las coristas del espectáculo en que trabajaba.

—Cada una de ellas —me cuenta ahora, entre chupadas a su cigarrillo egipcio, y tragos de whisky— solía tener un amigo. Ellas lo denominaban un «Juan». Con el tiempo, yo también tuve un «Juan», que abonaba sin rechistar todos mis caprichos. Cuando Bing Miller llegó, fue para mí un «Juan» más, del que obtenía favores.

De Florida marchó a Nueva York, y de Nueva York a California.

—En California, ¿sabe usted?, todo estaba permitido. Salía una a la calle y podía sucederle cualquier cosa. Muchos artistas de cine, a los que había idolatrado, me daban asco por lo que hacían. Estaban irremediabilmente corrompidos.

Luego Lillian se casó. Había cumplido diecisiete años cuando encontró a Joe Bozyk, un carnicero algo mayor que ella. Y contrajeron matrimonio.

### corabi entra en su vida

Con el carnicero, Lillian llevaba una vida tranquila, pero dura. Mientras él se iba a su trabajo ella fregaba las escaleras, hacía la limpieza de la casa, preparaba la comida, se ocupaba de la compra. Era una vida a la que no estaba acostumbrada. Un día le propuso a su marido la separación, y la obtuvo. Y se fue al Casino Latino, de Filadelfia. Ya era otra vez corista. Y allí conoció a Michael Corabi.

—Déjeme que le cuente cómo era Corabi —me dice con su voz aguardentosa—. Si hubiera un incendio en la casa y él se encontrase dentro, se ataría calmadamente los cordones de los zapatos, se arreglaría el pañuelo y la corbata; se peinaría y silbando, como si nada sucediera, descendería las escaleras entre llamas. Así es de frío.

Se casaron en mayo del 53 en el «Blue Angel», de Filadelfia, un club que dirigía Corabi por aquel tiempo.

Corabi tenía un amigo que se llamaba Speed. A su vez, Speed era amigo íntimo de un tal Junior Staino. Se conocieron.

—Lo de Junior fue —me dice Lil— una verdadera historia de amor. Incluso cuando Corabi salía conmigo yo sentía que hubiera preferido estar con Staino. Así es la vida. Y luego ese loco de Miller estropeándolo todo.

Lil ríe, tose, y apura otro trago.

### ¿por qué me persiguen?

Mientras las hijas de Lil prosiguen la búsqueda de la moneda, ella continúa atendiéndome. Está interesada en convencerme de su inocencia.

—Sigue cerrado mi establecimiento —me dice

## TESTIGO: PELIGRO DE MUERTE

### Corista a los trece años; dos matrimonios; dos hijas; varios amores "especiales" y, quizá, una celda para toda la vida

con vehemencia—; el «Celebrity Room» es el club mejor dirigido de la ciudad. Tengo millares de dólares comprometidos en el negocio. He hecho una lista en la que figuran dieciséis nombres de altos personajes del Ayuntamiento que formaban parte de la clientela habitual. Se indignaban si no les facilitaba chicas bonitas. Ahora, lo siento, pero trataré de cubrirme. ¿Por qué me persiguen a mí? Tal vez sea que necesiten a alguien que les anime la cárcel. Oiga, amigo, si ahora salgo absuelta por segunda vez, ¿le gustaría ser mi agente? Le daría el diez por ciento... —y vuelve a toser y a reír, como despreocupada de lo que pueda pasar en el juicio.

Me levanto para irme. «Tigre Lil» me acompaña hasta la puerta. Y como despedida me dice:

—¿Sabe usted lo que aseguraba mi madre? Que aunque hayamos perdido todo el dinero no habremos perdido nada; pero si perdemos el sentido del humor lo habremos perdido todo. Por eso voy todo el día de un lado a otro como una tonta feliz.

Entre tanto, el capitán Ferguson no descansa. Investiga, trata de reunir pruebas, encontrar nuevos testigos. Quiere ver a Lil en la cárcel. ¿Lo conseguirá?

ALFRED G. ARONOWITZ  
(Fotos JIM DRAKE-CAMERA  
PRESS-ZARDOYA)

WORLD COPYRIGHT:  
CURTIS PUBLISHING, CO.